



Caperucita Roja

Érase una vez una niña muy querida por su familia que vivía en un pequeño pueblo junto al bosque. La llamaban Caperucita Roja porque siempre llevaba una caperuza roja que le había hecho su abuela.

Un día, su madre le pidió que llevara unas galletas y un tarro de miel a su abuela, que vivía al otro lado del bosque y estaba un poco enferma. Antes de partir, le advirtió que no se apartara del camino y que fuera directamente a casa de la abuela.

Caperucita Roja tomó la cesta y comenzó a caminar por el bosque. Mientras avanzaba, se encontró con un lobo astuto. El lobo le preguntó adónde iba y la niña, sin saber que era peligroso hablar con desconocidos, le explicó que se dirigía a casa de su abuela.

El lobo, que era muy traicionero, ideó un plan malvado. Corrió hasta la casa de la abuela y, cuando llegó, la engañó para entrar y la encerró en el armario. Después se puso la ropa de la anciana y se metió en la cama para esperar a Caperucita.

Cuando la niña llegó, encontró a su abuela muy extraña.

—Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes! —dijo.



—Son para verte mejor, niña mía —respondió el lobo disfrazado.

—Y ¡qué orejas tan grandes tienes!

—Son para oírte mejor.

—Y ¡qué boca tan grande tienes! —exclamó Caperucita, cada vez más sorprendida.

—¡Es para comerte mejor! —gritó el lobo, saltando de la cama.

En aquel preciso momento, un cazador que pasaba por el bosque oyó los gritos de Caperucita Roja y corrió hacia la casa. Al ver lo que sucedía, se enfrentó al lobo y consiguió liberar a la niña y a su abuela, que se encontraba sana y salva dentro del armario.

Después de aquella aventura, Caperucita Roja aprendió a no confiar en desconocidos y a seguir los consejos de su madre. También quedó muy agradecida al cazador que las había salvado.

Caperucita, su abuela y el cazador compartieron las galletas y la miel. Mientras comían, hablaron de la importancia de ser prudentes y celebraron que todos estuvieran a salvo.

Así termina la historia de Caperucita Roja, un cuento que nos recuerda la importancia de escuchar a quienes nos cuidan y de actuar con cautela ante los desconocidos. Caperucita aprendió una valiosa lección que nunca olvidó.